

El libro de Daniel - número ciento once

Descubriendo el significado profético de Abubakar en el primer ay del Apocalipsis

Jeff Pippenger
2024-03-02

En la historia profética del primer Ay, el líder que sucedió a Mahoma fue Abu Bakr Abdullah ibn Abi Quhafa, suegro de Mahoma. Nos referiremos a él como Abubakar. Tanto él como Mahoma son mencionados en los primeros cuatro versículos. Abubakar fue el primer gobernante islámico después de Mahoma, y la historia registra una orden que dio a sus soldados, que está representada en el versículo cuatro de Apocalipsis capítulo nueve. La orden representa el proceso de sellado que comenzó con la llegada del tercer Ay, que fue también la Séptima Trompeta, que fue también la llegada del tercer ángel.

Y el quinto ángel tocó la trompeta, y vi caer del cielo a la tierra una estrella; y se le dio la llave del pozo del abismo. Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como humo de un gran horno; y el sol y el aire se oscurecieron a causa del humo del pozo. Y del humo salieron langostas sobre la tierra; y se les dio poder como el que tienen los escorpiones de la tierra. Y se les mandó que no dañasen la hierba de la tierra, ni cosa verde alguna, ni ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tuvieran el sello de Dios en sus frentes. Apocalipsis 9:1-4.

La "estrella" que cayó del cielo fue Mahoma, que comenzó su ministerio en el año 606. A Mahoma se le dio una "llave" con la que había de "abrir" el "pozo del abismo", permitiendo que el "humo" oscureciera el "sol y el aire" y haciendo salir "langostas" a las que se les dio "poder" como el poder de los "escorpiones". La llave fue una batalla militar que debilitó la potencia militar de Roma, permitiendo así el auge de la guerra del islam. El pozo del abismo es un símbolo de Arabia, la cuna del islam, y el humo representaba la falsa religión del islam que había de extenderse por la tierra y apoderarse de la misma geografía que sería anegada por los enjambres de langostas que barren el norte de África, el sur de Europa y Arabia. Las langostas son un símbolo del islam, y el poder, proféticamente, representa el poder militar. Su poder había de ser como el de los escorpiones, que hieren de improviso. Uriah Smith afirma:

Una estrella cayó del cielo a la tierra; y a él le fue dada la llave del abismo sin fondo.

Mientras el monarca persa contemplaba las maravillas de su arte y de su poder, recibió una epístola de un oscuro ciudadano de La Meca, invitándolo a reconocer a Mahoma como el apóstol de Dios. Rechazó la invitación y rasgó la epístola. 'Así es,' exclamó el profeta árabe, 'como Dios desgarrará el reino y rechazará la súplica de Cosroes.' Situado en el confín de estos dos imperios de Oriente, Mahoma observaba con secreta alegría el progreso de la destrucción mutua; y, en medio de los triunfos persas, se atrevió a vaticinar que, antes de que transcurrieran muchos años, la victoria volvería a los estandartes de los romanos. 'En el momento en que se dice que fue pronunciada esta predicción, ninguna profecía podía estar más alejada de su cumplimiento, pues los primeros doce años de Heraclio anunciaban la inminente disolución del

imperio.' ..

Cosroes subyugó las posesiones romanas en Asia y África. Y 'el Imperio romano', en ese período, 'quedó reducido a los muros de Constantinopla, con el remanente de Grecia, Italia y África, y algunas ciudades marítimas, desde Tiro hasta Trebisonda, de la costa asiática. La experiencia de seis años acabó por persuadir al monarca persa de renunciar a la conquista de Constantinopla y de fijar el tributo anual del rescate del Imperio romano: mil talentos de oro, mil talentos de plata, mil vestiduras de seda, mil caballos y mil vírgenes. Heraclio aceptó estos ignominiosos términos. Pero el tiempo y el margen que obtuvo para reunir esos tesoros de la pobreza de Oriente fueron empleados con diligencia en la preparación de un ataque audaz y desesperado.'

El rey de Persia despreció al oscuro sarraceno y se burló del mensaje del pretendido profeta de La Meca. Ni siquiera la caída del Imperio romano habría abierto una puerta al mahometismo, ni al progreso de los sarracenos, propagadores armados de una impostura, aunque el monarca de los persas y el kagán de los ávaros (el sucesor de Atila) se habían repartido entre sí los restos de los reinos de los Césares. El propio Cosroes cayó. Las monarquías persa y romana agotaron mutuamente sus fuerzas. Y antes de que se pusiera una espada en las manos del falso profeta, fue arrebatada de las manos de aquellos que habrían frenado su carrera y aplastado su poder.

'Desde los tiempos de Escipión y Aníbal, no se ha intentado empresa más audaz que la que Heraclio llevó a cabo para la liberación del imperio. Se abrió camino por una ruta peligrosa a través del mar Negro y las montañas de Armenia, penetró en el corazón de Persia y hizo regresar a los ejércitos del gran rey para la defensa de su país ensangrentado.'

En la batalla de Nínive, que se libró encarnizadamente desde el amanecer hasta la undécima hora, veintiocho estandartes, además de aquellos que pudieran haberse roto o desgarrado, fueron arrebatados a los persas; la mayor parte de su ejército fue despedazada, y los vencedores, ocultando sus propias pérdidas, pasaron la noche en el campo de batalla. Las ciudades y los palacios de Asiria se abrieron por primera vez a los romanos.

El emperador romano no se vio fortalecido por las conquistas que logró; y al mismo tiempo, y por los mismos medios, se preparó el camino para las multitudes de sarracenos de Arabia, como langostas de esa misma región, quienes, propagando en su marcha el oscuro y engañoso credo mahometano, pronto se extendieron por ambos imperios, el persa y el romano.

"No podría desearse una ilustración más completa de este hecho que la que proporcionan las palabras finales del capítulo de Gibbon, del que se han tomado los extractos precedentes. 'Aunque se había formado un ejército victorioso bajo el estandarte de Heraclio, el esfuerzo antinatural parece haber agotado más que ejercitado sus fuerzas. Mientras el emperador triunfaba en Constantinopla o Jerusalén, una ciudad oscura en los confines de Siria fue saqueada por los sarracenos, y estos hicieron pedazos a algunas tropas que avanzaron en su auxilio,—un suceso ordinario y trivial, de no haber sido el preludio de una poderosa revolución. Estos salteadores eran los apóstoles de Mahoma; su valentía frenética había surgido del desierto; y en los últimos ocho años de su reinado, Heraclio perdió a manos de los

árabes las mismas provincias que había rescatado de los persas."

'El espíritu de fraude y de entusiasmo, cuya morada no está en los cielos,' fue desatado sobre la tierra. El abismo sin fondo no necesitaba más que una llave para abrirse, y esa llave fue la caída de Chosroes. Había desgarrado con desdén la carta de un oscuro ciudadano de La Meca. Pero cuando desde su 'resplandor de gloria' se hundió en la 'torre de tinieblas' que ningún ojo podía penetrar, el nombre de Chosroes iba de pronto a caer en el olvido ante el de Mahoma; y la media luna parecía no hacer sino esperar su salida hasta la caída de la estrella. Chosroes, tras su completa derrota y pérdida del imperio, fue asesinado en el año 628; y el año 629 está marcado por 'la conquista de Arabia' y 'la primera guerra de los mahometanos contra el Imperio romano.' 'Y el quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella caer del cielo a la tierra; y se le dio la llave del abismo sin fondo. Y abrió el abismo sin fondo.' Cayó a la tierra. Cuando la fuerza del Imperio romano se agotó, y el gran rey de Oriente yacía muerto en su torre de tinieblas, el saqueo de una oscura ciudad en las fronteras de Siria fue 'el preludeo de una poderosa revolución.' "Los salteadores eran los apóstoles de Mahoma, y su valor frenético emergió del desierto.'

"El abismo.-El significado de este término puede aprenderse del griego , que se define 'hondo, sin fondo, profundo', y puede referirse a cualquier lugar yermo, desolado e inculto. Se aplica a la tierra en su estado original de caos. Gén. 1:2. En este caso puede referirse apropiadamente a los yermos desconocidos del desierto de Arabia, desde cuyas fronteras salieron las hordas de sarracenos como enjambres de langostas. Y la caída de Cosroes, el rey persa, bien puede representarse como la apertura del abismo, por cuanto preparó el camino para que los seguidores de Mahoma salieran de su oscuro país y propagaran sus doctrinas engañosas con fuego y espada, hasta que hubieron extendido sus tinieblas por todo el Imperio de Oriente." Uriah Smith, Daniel y Apocalipsis, 495-498.

El primer ay, que es la quinta trompeta, identifica el comienzo de la guerra del Islam contra Roma, e identifica una batalla entre Roma y Persia en la que Roma prevaleció, pero al hacerlo agotó su fuerza militar hasta el punto de que no pudo impedir el ascenso del poder islámico. Las características proféticas del primer ay y del segundo ay identifican las características proféticas del tercer ay, y es importante reconocer los dos primeros ayes como símbolos de la historia del tercer ay, pues esa historia representa el período del sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil, que comenzó el 11 de septiembre de 2001. Después de la historia profética representada por Mahoma en los tres primeros versículos, el versículo cuatro presenta a Abubakar, el primer dirigente después de Mahoma.

Y se les mandó que no dañaran la hierba de la tierra, ni cosa verde alguna, ni ningún árbol; sino sólo a los hombres que no tuvieran el sello de Dios en sus frentes. Apocalipsis 9:4.

La orden de Abubakar instruyó a los guerreros islámicos a hacer una distinción entre dos tipos de fieles que existían en los territorios romanos en aquel tiempo. Una clase era la de los católicos, que tenían algunas órdenes religiosas que se afeitaban la parte posterior de la cabeza (la tonsura) y observaban el culto del domingo. La otra clase eran los que guardaban el sábado del séptimo día, y el sábado es el sello de Dios.

Tras la muerte de Mahoma, le sucedió en el mando Abu Bakr, en el año 632 d. C., quien, tan pronto como hubo establecido firmemente su autoridad y su gobierno, envió una carta circular a las tribus árabes, de la cual se extrae lo siguiente:

'Cuando libréis las batallas del Señor, portaos como hombres, sin volver la espalda; pero que vuestra victoria no se manche con la sangre de mujeres y niños. No destruyáis palmeras ni queméis campos de cereal. No taléis árboles frutales, ni hagáis daño al ganado, salvo al que matéis para comer. Cuando hagáis algún pacto o tratado, mantenedlo y sed fieles a vuestra palabra. Y en vuestro camino encontraréis a algunas personas religiosas que viven retiradas en monasterios y se proponen servir a Dios de ese modo; dejadlas en paz, y no las matéis ni destruyáis sus monasterios. Y encontraréis a otro tipo de gente que pertenece a la sinagoga de Satanás, que llevan la coronilla rapada; aseguraos de partirles el cráneo, y no les deis cuartel hasta que se hagan mahometanos o paguen tributo.'

No se dice en la profecía ni en la historia que los preceptos más humanos fueran obedecidos con tanto escrúpulo como el mandato feroz; pero así se les ordenó. Y las anteriores son las únicas instrucciones registradas por Gibbon, como dadas por Abubekr a los jefes cuyo deber era emitir las órdenes a todas las huestes sarracenas. Las órdenes son tan minuciosas en sus distinciones como la predicción, como si el propio califa hubiera actuado consciente y en directa obediencia a un mandato superior al del hombre mortal; y, en el mismo acto de salir a combatir contra la religión de Jesús y a propagar el mahometanismo en su lugar, repitió las palabras que, según se había predicho en la Revelación de Jesucristo, diría.

El sello de Dios en sus frentes.- En comentarios sobre el capítulo 7:1-3, hemos mostrado que el sello de Dios es el sábado del cuarto mandamiento; y la historia no calla el hecho de que ha habido observadores del verdadero sábado a lo largo de la presente dispensación. Pero aquí ha surgido con muchos la pregunta: ¿quiénes eran aquellos hombres que en este tiempo tenían el sello de Dios en sus frentes y que por ello quedaron exentos de la opresión mahometana? Recuerde el lector el hecho, ya aludido, de que ha habido, a lo largo de esta dispensación, quienes han tenido el sello de Dios en sus frentes, o han sido observadores inteligentes del verdadero sábado; y considérese además que lo que la profecía afirma es que los ataques de este poder turco desolador no están dirigidos contra ellos, sino contra otra clase. El asunto queda así libre de toda dificultad; porque esto es todo lo que la profecía realmente afirma. Solo una clase de personas es presentada directamente en el texto; a saber, los que no tienen el sello de Dios en sus frentes; y la preservación de los que tienen el sello de Dios se da a entender únicamente por implicación. En consecuencia, no consta en la historia que alguno de estos se viera envuelto en ninguna de las calamidades infligidas por los sarracenos sobre los objetos de su odio. Fueron enviados contra otra clase de hombres. Y la destrucción que había de venir sobre esta clase de hombres no se contrasta con la preservación de otros hombres, sino solo con la de los frutos y el verdor de la tierra; así: No dañéis la hierba, los árboles, ni cosa verde alguna, sino únicamente a cierta clase de hombres. Y, en cumplimiento, tenemos el extraño espectáculo de un ejército de invasores perdonando aquellas cosas que tales ejércitos suelen destruir, a saber, el rostro y las producciones de la naturaleza; y, en conformidad con su permiso para dañar a aquellos hombres que no tenían el sello de Dios en sus frentes, hendiéndoles los cráneos a una clase de religiosos tonsurados, que pertenecían a la sinagoga de

Satanás.

"Estos eran sin duda una clase de monjes, o alguna otra división de la Iglesia Católica Romana. Contra estos se dirigieron las armas de los mahometanos. Y nos parece que hay una adecuación peculiar, si no un designio, en describirlos como aquellos que no tenían el sello de Dios en sus frentes; puesto que esa es precisamente la iglesia que ha despojado a la ley de Dios de su sello, arrancando el verdadero sábado y erigiendo en su lugar una falsificación. Y no entendemos, ni por la profecía ni por la historia, que aquellas personas a quienes Abubekr ordenó a sus seguidores que no molestaran estuvieran en posesión del sello de Dios, o que necesariamente constituyeran el pueblo de Dios. Quiénes eran y por qué razón fueron perdonados no nos lo informa el escaso testimonio de Gibbon, y no tenemos otros medios de saberlo; pero tenemos todas las razones para creer que ninguno de aquellos que tenían el sello de Dios fue molestado, mientras que otra clase, que enfáticamente no lo tenía, fue pasada a cuchillo; y así se cumplen ampliamente las especificaciones de la profecía." Uriah Smith, Daniel and Revelation, 500-502.

Abubakar consolidó a los seguidores de Mohammed en un califato tras la muerte de Mohammed, por lo que, aunque son dos figuras históricas diferentes, tomadas en conjunto representan el comienzo del testimonio del Islam del primer ay, y la figura histórica que marca la historia del primer ay es Mohammed.

Al comienzo de la historia del segundo ay, Mohammed II conquistó Constantinopla en 1453. En 1449, cuatro ángeles, que representaban al Islam, fueron desatados. El comienzo y el final del primer ay están marcados por un Mohammed, el primero y el segundo, respectivamente. Proféticamente, el comienzo y el final de la historia del primer ay llevan la firma de Alfa y Omega.

El comienzo del segundo ay incluye una profecía de tiempo acerca de cuatro ángeles, que representan al Islam, que fue entonces desatado y luego refrenado el 11 de agosto de 1840. Desde ese punto hasta el 22 de octubre de 1844, se ilustra el sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil. El comienzo del segundo ay identifica el desatamiento del Islam, y el final marca su refrenamiento. Tanto el primer ay como el segundo tienen marcadores proféticos precisos que vinculan sus comienzos con sus finales.

Los dos primeros ayes han de colocarse uno sobre otro, "línea sobre línea", para identificar el tercer ay. Una de las características proféticas que es identificada por los dos primeros testigos del Islam es que representan un período de tiempo específico que marca el principio y el fin con la firma de Alfa y Omega. También poseen una firma secundaria, pues el comienzo del primer ay identifica el sellado del pueblo de Dios, y el final del segundo ay también identifica el sellado del pueblo de Dios.

El tercer ay llegó cuando el Islam atacó súbita e inesperadamente a la bestia de la tierra de Apocalipsis trece, comenzando así el período del sellamiento. El sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil termina con la próxima ley dominical, y, en respuesta a esa apostasía, la apostasía nacional es seguida por ruina nacional. Como se tipificó con la Roma pagana y la Roma papal, la ruina nacional se lleva a cabo por medio de los juicios de trompeta de Dios. Los tres ayes son

también trompetas. El Islam del tercer ay volverá a golpear súbita e inesperadamente en la próxima ley dominical en los Estados Unidos, cuando termine el período del sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil. Ese período ha sido tipificado por el período inicial del primer ay, y también por el período final del segundo ay.

Continuaremos este estudio en el próximo artículo.

Y Sara vio al hijo de Agar, la egipcia, el que ella le había dado a Abraham, burlándose. Por lo cual dijo a Abraham: Echa a esta sierva y a su hijo; porque el hijo de esta sierva no será heredero con mi hijo, con Isaac. Y el asunto fue muy penoso a los ojos de Abraham por causa de su hijo. Pero Dios dijo a Abraham: No te sea penoso por el muchacho y por tu sierva; en todo lo que Sara te diga, escucha su voz; porque en Isaac será llamada tu descendencia. Y también del hijo de la sierva haré una nación, porque es tu descendencia. Y Abraham se levantó muy de mañana, tomó pan y un odre de agua, y se lo dio a Agar, poniéndolo sobre su hombro, y al niño, y la despidió; y ella se fue y anduvo errante por el desierto de Beerseba. Y se acabó el agua del odre, y echó al niño debajo de uno de los arbustos. Y se fue y se sentó enfrente, a distancia como de un tiro de arco, porque decía: No vea yo la muerte del niño. Y sentada enfrente, alzó su voz y lloró. Y Dios oyó la voz del muchacho; y el ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo y le dijo: ¿Qué tienes, Agar? No temas, porque Dios ha oído la voz del muchacho desde donde está. Levántate, alza al muchacho y sostenlo con tu mano, porque haré de él una gran nación. Y Dios abrió sus ojos, y vio un pozo de agua; y fue, llenó el odre de agua y dio de beber al muchacho. Y Dios estaba con el muchacho; y creció, y habitó en el desierto, y llegó a ser arquero. Génesis 21:9-20.